

# REPORTE DE SEGUNDO VIAJE BUSCANDO A HORACIO

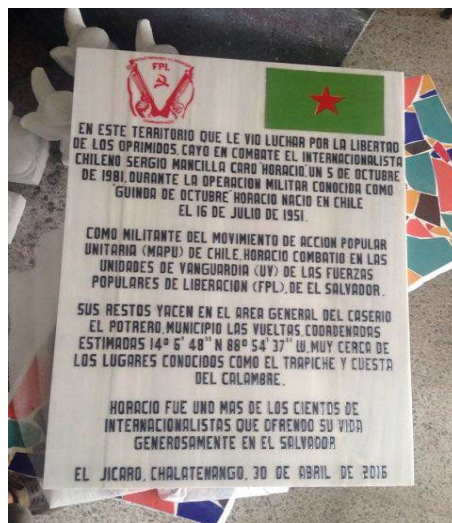
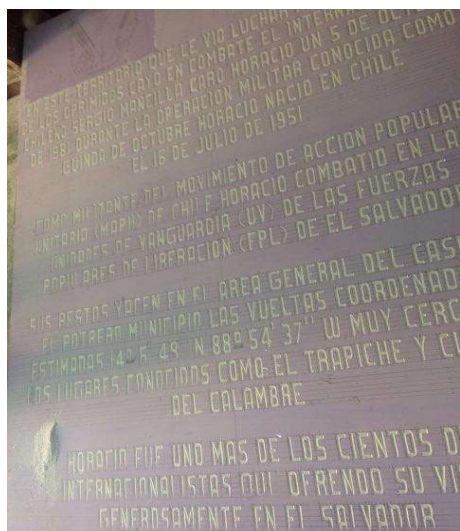
29 DE ABRIL – 2 DE MAYO, 2016

Más de dos semanas tuvieron que pasar antes que pueda escribir este reporte de nuestro segundo viaje a Chalatenango, El Salvador. El retraso no estuvo solamente determinado por otras obligaciones y preocupaciones, sino más bien por la necesidad de una pausa psicológica en un intento por absorber lo que había sucedido durante esos cuatro días. El año pasado, 2015, Vielka Bolaños, la viuda de Horacio, Leopoldo Luna, compañero de armas de Horacio, y yo, compañero de juventud, luchas y prisión de Horacio en Chile, estuvimos en ese mismo lugar desde Marzo 21 al 28 de Marzo.

Entonces escribí un reporte completo del dicho viaje. En primera instancia, habíamos concluido que necesitaríamos limpiar el área seleccionada por Leopoldo como el lugar donde se enterró a Horacio. Eso habría requerir permiso de la asociación comunal que tiene título de dicho terreno. De igual manera hubiésemos tenido que contratar una cuadrilla de trabajadores para desmalezar a mano, ya que no pude llevarse maquinaria a dicho lugar. Al mismo tiempo, otra conversación “no oficial” se daba entre Vielka y Leopoldo en términos de simplemente dejar los restos de Horacio donde fue enterrado sin perturbarlas.

En el curso de casi un año de comunicaciones dentro del colectivo que trabajó en esta tarea bajo el liderato y guía en-sitio de nuestro amigo, escritor y ex-guerrillero, Berne Ayala, se hizo claro que nuestro plan original habría requerido de recursos que estaban más allá de nuestras posibilidades. Pronto decidimos que abandonaríamos ese intento. Siempre, sin embargo, había considerado dejar un marcador histórico que de testimonio del paso por Chalatenango de Horacio, de su lucha y de su muerte combatiendo de lado de la guerrilla en 1981. Decidimos entonces abocarnos a cumplir este objetivo.

Sin el trabajo y la disposición de Berne en El Salvador, nada de esto se había logrado. A él debemos el éxito de este esfuerzo. Uno de sus primeros desafíos fue asegurar un lugar público donde levantar el monolito con su correspondiente placa. Esta tarea no estuvo exenta de dificultades. Al menos uno de los intentos de asegurar sitio no funcionó. Finalmente, Berne obtuvo permiso de la asociación de la comunidad de El Jícaro – donde el año pasado establecimos nuestro centro de trabajo-- y nos dimos a la tarea de tener la placa impresa en una plancha de mármol. Berne consiguió que dos amigos de la comunidad se responsabilizaran de construir la base de concreto sobre la cual instalaría la placa, y así esta parte física del proyecto se completó.



El lugar que Berne consiguió esta ubicado en un lugar estratégico del pueblo, muy cerca de las únicas tres tienditas, y muy importante, camino de la iglesia católica local. Esta implica que la placa será vista a diario por miembros de la comunidad. Abajo hay una foto de la ubicación del terreno, tomada antes que se construya. El monolito quedó ubicado entre los dos arboles que allí existen.



La base de concreto tomó al menos tres días en construirse. Mientras que la placa se terminó de fijar a la base en un día.





El 29 de abril, Berne, Leo y Pedro Café, de El Salvador, Leopoldo de Chile, Vielka, que esta vez vino acompañada desde el Panamá de amigos mutuos, William Hughes y su esposa Rosario, y yo, desde los Estados Unidos, nos volvimos a juntar en hotel que lo hicieramos el años pasado, Hotel Tazumal. Pasamos allí solamente una noche para descansar y dormir y seguir camino de El Jícaro el Sábado 30 de Abril. La inauguración de la placa estaba programada para ese día a las 4 de la tarde. Llegamos a El Jícaro a eso de las 11:30AM, igualmente al mismo lugar donde habíamos estado en el 2015, la casa de nuestra amiga Orbelina, para mi, “la casa de los misterios.” Después de un año se había hecho muchas mejoras a la casa, y esta vez, me aseguraron, no tendría que compartir mi dormitorio con mi ventilador con alas, el murciélago. Esto me dio mucha alegría. Berne y yo partimos a comprar las provisiones para el grupo por los dos días que allí estaríamos. Después de un delicioso almuerzo con tortillas, frijoles, arroz y carne a la parrilla (esta última preparada por nuestro propio Leopoldo), nos alistamos para caminar hacia el lugar de la inauguración.



*Rosario, William, Pedro, Leo, Leopoldo, Orbelina, Vielka, Berne.*

El evento se había anunciado para empezar a las 4PM, y nosotros estuvimos allí 15 minutos antes de la hora. Nadie de la comunidad había llegado aun. De a poco, uns pocos amigos fueron llegando hasta juntar un grupo entre 25 a 30 personas, y estábamos listos para empezar la actividad. Comenzó hablando la compañera Vilma Mejía Ala, presidente de la comunidad de El Jícaro, quien nos dió una grata bienvenida y reconoció nuestra iniciativa y por haber completado el proyecto. También tuvo muy sensibles conceptos hacia ese chileno, Horacio, que ofrendó su vida por los pobres de El Salvador.



*Vilma Mejia and Vielka Bolaños*

La palabras de Vilma fueron seguidas por Vielka, la viuda de Horacio, quien previamente había escrito una carta para Horacio, especialmente para esta ocasión. Vielka compartió su carta en su totalidad con nosotros. Así empezó, “Mi querido Sergio, Horacio, mi compañero, mi amor de tiempos inmensos e intensos. Heme aquí otra vez, después de tantos años, escribiendo para ti. Ya no con esas letras chiquititas y apretadas que recibías en la clandestinidad, escritas a mano, en media hojita, sino en arial 12 y tamaño carta, márgenes normales y orientación vertical. Como ves, la tecnología click ha simplificado algunas cosas en la tierra. Pero, también, ha complicado muchas mas. No se siquiera si reconocerás esta voz, y estas letras de la mujer que soy ahora. La vida se ha movido acá. Son otros tiempos, complejos y con frecuencia, absurdos.”

Un torrente de emociones florecieron en el invierno de Chalatenango mientras Vielka leía su carta y expresaba sentimientos acumulados por tantos años de ausencia física. No era una carta corta, pero todos en la audiencia escuchábamos con respetuoso silencio esas sentidas palabras. Solamente las campanas de la iglesia interrumpieron el mensaje ya que era la hora para aun otro servicio religioso, indiferente a los honores que le rendíamos a nuestro martir revolucionario.



## *Vielka leyendo carta a Horacio*

Luego le tocó el turno a Leopoldo para referirse a la memoria de su camarada caído. El habló también de su propia memoria como sobreviviente, como muchos otros Salvadoreños e internacionalistas que sobrevivieron. Algunos de los sobrevivientes locales estaban allí, como su camarada “Arnulfo”, Luis Alonso Ala, que perdió un brazo en combate. Leopoldo recordó su conversación con el viejo “Marcial”, Salvador Cayetano Carpio, quien le preguntó a los voluntarios chilenos si estaban listos para enfrentar los riesgos que significaría unirse a la lucha. Replicaron que sí, lo estaban. Leopoldo explicó que no estuvo al lado de Horacio en esa retirada de Octubre de 1981, “La Guinda de Octubre”, y que cuando él preguntó sobre Horacio le habrían dicho que lo vieron, por ahí, por el monte, tomándose un café. Leopoldo pensó que Horacio había sobrevivido. Pocos días más tarde le avisaron que Horacio estaba desaparecido. Eventualmente encontraron su cuerpo en La Quebrada del Zope. Leopoldo, también procedió a leer una carta que traía de parte de su hermano Memo que también fue parte de este grupo de chilenos que combatió con el FPL en aquel tiempo.



*Leopoldo rememorando dias de guerra y solidaridad (Arnulfo, sentado)*

Finalmente, ese día, me tocó cerrar la actividad, explicando que nuestros esfuerzos habían tomado más de dos años y que habíamos logrado escribir un libro digital para recuperar la historia de Sergio Mancilla Caro. En ese proceso llevamos la historia a Chile, Panamá, El Salvador, los Estados Unidos, y posiblemente a otros países. Sergio Mancilla ya no estaría olvidado, y su sacrificio pasó a ser parte de la historia. Su lucha y su muerte se hacían ahora más concretas aun con este monolito, que las futuras generaciones de El Jícaro podrán leer. Como parte de mi presentación indique que “la memoria no es materia muerta. Cuando nosotros, los que seguimos vivos, memorializamos a aquellos que han caído, en ese momento, los volvemos a hacer vivir. Están presentes con nosotros. Continúan luchando junto a nosotros.” De igual manera presenté la pregunta retórica de si toda la sangre derramada, en tantos países, había en realidad logrado cambiar el mundo de la manera que lo queríamos. Contesté lo obvio, pero que muchas veces silenciamos, que la respuesta es negativa. Estas revoluciones quedaron inconclusas y necesitamos continuar la lucha hasta alcanzar la victoria.





*Berne, William, Vielka, Sergio, Leopoldo, Pedro, Rosario*

Luego de la actividad, fuimos invitados por una compañera de lucha de Leopoldo a su hogar para tomar un café y conversar, lo que aceptamos con gusto, y la conversación y las memorias continuaron. Inmediatamente después del evento, igualmente fuimos informados por Arnulfo que un grupo de sobrevivientes de la guerra trabajan para levantar un monumento a los caídos en las alturas mayor del área, La Montañona. Mientras tanto, la presidenta comunitaria Vilma Mejía reportó que ellos planean construir un muro para memorializar los nombres de los residentes de El Jícaro caídos en la guerra. Este muro estaría ubicado en el mismo terreno donde se encuentra la placa de Horacio.

Esa tarde en la casa de Orbelina nuevamente compartimos la cena y muchas conversaciones, y un poco de música en vivo. Estuvimos bien acompañados de las botellas de ron panameño, El Abuelo, que nuestros compañeros Vielka, William y Rosario trajeron para compartir con todos. Yo me acosté temprano, cansado del día de actividades y también agobiado por el calor y la humedad.

Temprano por la mañana del Primero de Mayo, estábamos listos para comenzar nuestra caminata cerro arriba, hacia El Trapiche, donde estimamos están enterrados los restos de Horacio. Esta vez tuvimos la suerte de haber conectado con Domingo Ayala, un residente de El Jícaro, quien nos llevaría con su camioneta hasta la base del cerro. Domingo, sin embargo, confió en el poder de su máquina y siguió cerro arriba, hasta que le imposible

continuar. De esa manera nos ahorró la parte mas empinada de la caminata, acortando la distancia total en un tercio, y a su vez, salvándome la vida.

A partir de ese punto seguimos caminando con dificultad, esta vez, por senderos en medio de una mas densa vegetación que el año pasado. El viaje anterior estuvimos allí a principios de abril y partes del suelo estaban aun bajo el efecto de las quemaduras del sol. Esta vez el pasto era mucho mas alto, y los arboles y arbustos mucho mas verdes. Llegamos al lugar que habíamos identificado el año pasado como área de su entierro. Nuestro punto de descanso del año pasado, un grupo de grandes rocas, no se divisaba tan fácilmente este año.

Nuestra compañera Vielka había preparado una ceremonia, que desconocíamos hasta que ésta empezó. Vielka había enroscado la carta a Horacio que había leído el día anterior en la inauguración de la placa en El Júcaro, para insertarla en una botella vacía de vino chileno. Luego decidió hacer un hoyo al pie de la roca principal. Pedro y Domingo ayudaron dado que habían piedras y las raíces de la vegetación allí estaban firmes y difíciles de jalar.



Eventualmente, Vielka colocó la botella en el hoyo y esta fue cubierta con suelo y piedras. Luego, buscó otras cosas pequeñas desde su mochila y las posó alrededor creando una especie de altar, finalmente sacó una botella de vino tinto, la que abrimos. Vielka roció el suelo con un poco de este vino, luego se tomó el primer trago, y seguimos cada uno de nosotros, como para decir un “¡salud!” a nuestro hermano muerto. Una vez que el vino ya se había terminado, continuamos con traguitos del ron abuelo que parecía no terminar nunca. Vielka había esta vez traído un aparato chino que tocaba musica de mp3s, y junto con esta una selección de cientos de canciones, que todos habíamos contribuido a formar en nuestro viaje anterior. Lloramos. Reímos. Vociferamos fieras declaraciones en el silencio de la montaña, como si Horacio pudiese oírnos.





Luego de algunas horas decidimos caminar cerro abajo. La música nunca paró. Vielka y Rosario, y Berne, acompañaban el canto. Pasamos una noche más en la casa de Orbelina para volver a San Salvador al día siguiente, el lunes 2 de mayo. Mientras conducíamos para salir de El Jícaro, para una vez más, o por última vez –eso nunca se sabe-- en el lugar de la placa que dejamos al cuidado de la comunidad. De paso también pasamos a despedirnos de algunos de los camaradas de guerra de Leopoldo.

De vuelta en el Hotel Tazumal, gocé de la oportunidad de darme una buena ducha y estar por un tiempo bajo el aire acondicionado, al tiempo que luchaba para postear unas pocas fotos de nuestro viaje en mi muro de Facebook. Esa noche nos acostamos relativamente temprano. Por mi parte debía estar al día siguiente a las 7 de la mañana en el aeropuerto. Ese mismo día Leopoldo regresaría a Chile y Vielka seguiría rumbo a Guatemala en bus.

Nuestras despedidas no fueron tristes. Tenía un sentido de haber logrado algo. Podía volver a nuestras casas, donde sea que estén, y decir, misión cumplida. Nuestros compañeros salvadoreños igualmente regresarían a sus casas sabiendo que cada uno de nosotros, y la historia, estábamos profundamente agradecidos de su apoyo fraternal y de camaradería. En nuestras mentes escuchábamos esta consigna, “Horacio vive, la lucha sigue.”

*Sergio Reyes, Massachusetts, Mayo 15, 2016. [www.sreyes.org](http://www.sreyes.org)*

Video en: <https://youtu.be/0fztriYlCdI>



## CARTA A SERGIO / HORACIO

Sergio, querido, Horacio, mi compañero, mi amor de tiempos inmensos e intensos: Heme aquí, otra vez, después de tantos años, escribiendo para ti. Ya no con esas letras chiquititas y apretadas que recibías en la clandestinidad, escritas a mano, en media hojita, sino en “Arial 12, impresa a una cara, tamaño carta, márgenes normales y orientación vertical”... Como ves, la tecnología “click” ha simplificado algunas cosas en la Tierra, pero también ha complicado muchas más.

No sé siquiera si reconocerás esta voz y estas letras de la mujer que soy ahora. La vida se ha movido acá, son otros tiempos, complejos y con frecuencia, absurdos. Pero adivino que sí, pues te he sentido conmigo en momentos claves, hitos de mi historia personal.

No recuerdo cuántas veces te imaginé caminando por estas tierras, cuánto quise recorrer lo que recorriste, intuir y caminar tus pasos. Esto, que por fin hago hoy, por aquellos tiempos era algo tan lejano como imposible para una común mortal de retaguardia, en esta tierra para entonces vedada y en estado de excepción.

Te extrañé, te extrañé mucho, me hiciste tanta falta, y tanta falta a Alejandro. Fue un largo duelo en el silencio de la disciplina que se extendió como un eco que ya no pude detener después, lleno de leyendas, en ausencia de restos, lugares, ritos y símbolos. La guerra trastoca el orden conocido de las cosas. De veras que es un monstruo grande y pisa fuerte... Nunca adivinaremos hasta cuándo ni en qué medida tomará por asalto el presente, mezclando los tiempos reales con los pasados, confundiendo el reloj emocional, tocando los sellos de nuestras amadas cicatrices, revisitándolas, y obligándonos a revisarlas y reacomodarlas, hasta constatar que están en calma y se han hecho piel, una piel fuerte y flexible, de otra densidad, con otra sabiduría.

No esperaba estar hoy aquí, al menos de esta manera, así, hablando para ti, leyendo, ahora en voz alta, otra carta de amor y despedidas, en un acto en tu memoria y frente a este público íntimo de buenas personas que portan historias de sueños, valentía y esperanzas.

Me pregunto qué planetas se alinearon para traer de vuelta a gente tan entrañable y querida, y para poner rostros a otras que imaginé contigo, allá en Chile, o acá en El Salvador de los tiempos de la guerra. 35 años después de tu caída, nos encuentra la vida en este territorio donde combatiste, hoy ya libre de guerra hace 24 años y enfrentado a nuevos y tenaces retos y contradicciones de todo signo para construir, ahora desde la legalidad, eso que sigue siendo necesario y urgente.

No esperaba ya un sitio, ni una placa que hable de ti, ni una fecha, ni nada que guarde una pista atestigüando tu partida de este mundo. Fabriqué los míos, mis cuándo, mis dónde y mis cómo. Fueron buenos y ciertos por todos estos años inmensos, lo fueron para mí y para Alejandro, mientras estuvo acá conmigo. La placa tiene las banderas de las FPL y del MAPU.

Aunque la percibas, igual le pongo voz. Dice:

“En este territorio que lo vio luchar por la libertad de los oprimidos, cayó en combate el Internacionalista Chileno Sergio Mancilla Caro, ‘Horacio’, un 5 de octubre de 1981, durante la operación militar conocida como ‘Guinda de Octubre’. Horacio nació en Chile, el 16 de julio de 1951.

Como militante del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) de Chile, Horacio combatió en las Unidades de Vanguardia (UV) de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), de El Salvador”.

Sus restos yacen en el área general del Caserío El Potrero, Municipio Las Vueltas, coordenadas estimadas 14° 6´ 48” N, 88° 54´ 37” W, muy cerca de los lugares conocidos como El Trapiche y Cuesta del Calambre.

Horacio fue uno más de los cientos de Internacionalistas que ofrendó su vida generosamente en El Salvador. El Júcaro, Chalatenango, 30 de abril de 2016”.

Esta placa, un libro (ahora ‘electrónico’) que recoge tu historia, la ubicación del lugar donde caíste, del lugar donde aproximadamente el Leo/ Ramiro sepultó tus restos, así como nuestro recorrido y acogida por estas tierras es el resultado del esfuerzo de un grupo de gente extraordinaria de Chile, El Salvador y Panamá, que llamo “Contingente Horacio”. Algunos están aquí ahora, y otros acompañan y siguen la historia desde donde estén, eso incluye a tus amigos y compañeros de Chile y Panamá, y a tu familia, a través de tu hermano Roberto. Tus compañeros chilenos se preguntaron en serio por ti y tu destino, ya que te habías convertido en una especie de mito allá en tu tierra, y entonces impulsaron este proyecto. Ellos me contactaron y me dirigieron hacia Sergio Reyes, tu tocayo, pingüino magallánico, entrañable compañero de luchas y de prisión del Chile post Unidad Popular. El montó y coordinó con excelencia e infinito cariño toda esta iniciativa que ahora culmina. Decidimos recuperar tu memoria, ya no tus restos, que decidimos dejar quietitos y en calma por estos caminos que cambiaron mucho y que cobijan mucha vida que, como tú, partió. Sergio se rió mucho del mensaje que dejaste sobre no “endiosarte”, pero lo tomó en serio. Te digo de paso gracias, y muchas, muchísimas, infinitas gracias por este regalo que recibo a través tuyo de nuevas amistades y reencuentro con tanta gente linda, sólida, y amorosa de Chile, El Salvador y Panamá, a los que puedo llamar “compañeros, compañeras”.

En cuanto a mí, estoy bien. Mi camino me ofreció lo hermoso y lo difícil, como sabes, y lo he andado con mi actitud #87 de amor por la vida. Y, como “la fuerza, Alejandro, y Tú están conmigo”, en las dificultades he sido resiliente cual esponja, procuro avanzar con lo mejor que me queda, reciclo tristezas hasta desvanecerlas, sorbiendo con gusto lo que la vida me ofrece, y devolviendo con generosidad. Aunque a veces se me extravió, nunca perdí la alegría. La música, el baile, un vino tinto de cuando en vez, una comidita rica, un buen libro, el disfrute por el mar, la naturaleza, la curiosidad, la magia, el arte y otras malas costumbres... han sido “lembas para mi camino”, pan bendito que ayuda a seguir. Tampoco perdí nuestras convicciones ni el compromiso desde las causas que abracé. Centroamérica y por supuesto, Panamá, la patria mía, han sido mi casa y cobijo. He viajado, estudiado, trabajado mucho, producido, participado, he sido mamá, he parrandeado, me han revisitado el amor y el desamor, la risa, el canto, la rabia, el llanto, el empleo, el desempleo, he atestiguado los avances y derrumbes de estos tiempos. En fin, mujercita normalita...

Sergio querido, estoy convencida de que esta lucha no fue en vano, y que lo que aquí pasó y lo que pasa en nuestra región y el mundo, tanta muerte y tanto duelo, van a parar al arca de la llamada “acumulación histórica” que desde nuestra vida finita sentimos voraz e insaciable, porque en efecto lo es..., pero que algún día que no creo me toque vivir, completará su nivel y vendrá de vuelta, revirtiendo todo. Y ahí sí: que Dios los agarre confesaos!

Todavía conservo aquella agenda que me regalaste en Nicaragua, antes de partir, en mi cumpleaños del 81. Y sí: atendí sin ninguna dificultad lo que me pediste en la dedicatoria: te he recordado día a día, las cosas que compartimos y el camino que emprendimos. Quiero decirte que Alejandro y tú me constituyen, son una gran parte de lo que hoy soy, los porto en mí, al igual que a mi padre Miguel que está allá con Ustedes, y a tanta gente entrañable que vivió, creyó y luchó desde sus propios espacios e historias, otras tantas que aún están y me



acompañan, y aquellas que estén por entrar en mi vida.

Para no perder la costumbre, dejaré mis letras para ti. No va por vía aérea volando en cola de cometa, va en botella, esta vez una de aquel vino chileno “Gato Negro”, que solíamos tomar, pero no busques el gatito porque ya no lo trae. La única botella que quedaba, se puso ‘por casualidad’ frente a mí y me guiñó un ojito en el supermercado, la tenía en mis manos justo en el momento en que Berne me enviaba desde El Salvador la foto de tu placa de recordación a mi teléfono celular (artefacto telefónico todo-en-uno sin el cual no eres persona hoy día). Era claro que tocaba comprarla y brindar por ti y contigo por el esfuerzo del Contingente Horacio. La botella esta vez no irá al mar, te la pondré en tierra, en El Salvador, El Potrero, Municipio Las Vueltas, coordenadas estimadas 14° 6’ 48” N, 88° 54’ 37” W, por fin esta vez, en el último pedazo de planeta que te sostuvo en vida, te vio caer combatiendo y te recibió en su matriz. Por ese punto te celebraremos, allí donde Pachamama, Ñuke Mapu, Ixchel, la amada Madre Tierra, cultiva una parte de ti y de tantas gentes de aquí y de allá que creyeron, lucharon y cayeron como semillas en vientre, para poblarla de mejores tiempos.

Sergio Enrique del alma mía, mi Compa, El Chueco, loco lindo chileno, hijo de Luz y Alfonso, que llegó a mi tierra buscando guayaba desde un Chile convulsionado, para mí fue un inmenso honor y privilegio ser tu novia, tu amiga, tu compañera, tu amante, tu esposa, tu viuda, la madre de tu hijo, nuestro Alejo, el Chapulín, Sardinito de mi corazón. Calaste hondo en mí. Sigue pleno y libre. Un día feliz nos encontraremos en esa otra orilla, donde todos somos uno.

Por todos estos nuestros duelos, por mis duelos, por la vida que fluye y ríe, por ti Compa Horacio, y por quienes creyeron, lucharon y cayeron:

Hasta la Victoria Siempre!

[Vicky](#)